

tuvo el día mismo de la Visitación: «Aquí tenéis, queridas hijas mías, decíales la Virgen, aquí tenéis el divino tesoro á vosotras en particular manifestado por el tierno amor que profesa mi Hijo á vuestro Instituto, al cual mira y ama como á su Benjamín, y por esto quiere aventajarlo á los demás con la posesión de este tesoro.» Vuestra es, pues, Reverendas Madres, esta preciosa margarita con la que vosotras habéis sabido enriqueceros y enriquecer también á los demás.

Por lo que hace á la mínima Compañía de Jesús, es la misma Virgen Santísima quien ha tenido á bien recomendar á esta orden religiosa que reciba este don con el aprecio y reconocimiento debidos á su insigne valor, para darlo á conocer por todas partes y tornarlo poderoso instrumento de propia y ajena santificación. ¡Gracias infinitas al Dispensador de tantos bienes! La Compañía de Jesús no ha sido ingrata, ni lo será jamás, pues se ha declarado desde el principio y se profesa hoy como ayer la más celosa servidora de los intereses del divino Corazón, consagrada como está solemnemente á la dilatación de su gloria. Ella rinde también tributo ferviente de alabanza á la gloriosa propagadora de la devoción al Corazón de Jesús. ¡Quiera el cielo acortar los plazos de la completa glorificación de esta gran sierva de Dios sobre la tierra, permitiéndonos ser testigos del decreto de su canonización! ¡Plegue al Señor que nos enriquezcamos todos con los tesoros de gracia descubiertos al mundo por medio de la Bienaventurada Margarita! Así sea.

PANEGÍRICO DE SANTA MÓNICA

(predicado en la fiesta de la Congregación de Madres Católicas, Bogotá, 1898).

Pro puero isto oravi, et dedit mihi Dominus petitionem meam.

Rogué á Dios por este niño; y él me concedió lo que le pedía.

1 Reg. 1, 27.

1. La figura de la ilustre matrona africana Santa Mónica, cuya fiesta celebran hoy con la Iglesia católica las madres católicas de Bogotá, es, sin duda, una de las más bellas y arrogantes que ha ofrecido al mundo el cristianismo: es la figura de la *Mujer fuerte* trazada por el dedo divino en los Proverbios¹, y realizada á maravilla en el cuarto siglo de la era cristiana para ilustrarlos á todos hasta el nuestro, en cuyas postrimerías parece haber llegado á brillar con todo el esplendor de su grandeza encantadora. En vano buscaríais un tipo de esta clase en toda la antigüedad pagana, á pesar de no escasear en ésta los modelos de mujeres ilustres y hasta heroicas; mas ¿cómo lo hallaríais en tiempos en que aun no había aparecido sobre la tierra el tipo divinamente creado de la Mujer cristiana, tal como sólo pudo formarlo el verdadero Reformador del género humano, nuestro Señor Jesucristo?

Aquí debiera yo, piadosas señoras que me escucháis, bosquejar siquiera toscamente la hermosura y nobleza de este tipo según el cual vosotras aspiráis á santificaros en el seno de esta religiosa asociación, bajo la protección y el amparo de la Madre incomparable de Dolores y de su bella copia, la adolorida madre de San Agustín. Pero ¿qué necesito decir á personas que, por su misma posición y estado, mejor que nadie lo comprenden?

¹ Prov. 31, 10 sqq.

¿Quién como vosotras sabe hasta dónde llega el heroísmo de virtud que exige el cumplimiento de los deberes, no de una madre cualquiera, sino de quien lleva dignamente el renombre de madre cristiana? Ésta ya no pertenece únicamente al orden de las cosas bellas y sublimes que ha creado el soberano Autor de la naturaleza, entre las cuales ¿quién no ve cuánto descuella y sobresale el corazón de la madre, como magnífico trasunto de su poder y bondad sin límites? Es más que una belleza moral, un objeto de otro género, perteneciente al orden sobrenatural y divino, porque es obra del Autor de la gracia; y así es cómo la madre cristiana llega á colocarse en una altura superior á todo lo terreno y temporal, en la región de lo celestial y eterno. La madre formada por el espíritu de Jesucristo y santificada por la virtud de sus sacramentos, tiene por misión, no solamente dar al ser humano la vida moral, complemento de la física, sino concurrir eficazmente á infundir en el hombre la vida divina, formando la imagen de Dios, el retrato del mismo Jesucristo. He aquí lo que da tanta grandeza al carácter de la maternidad cristiana.

2. Y, como quiera que esa mujer extraordinaria á quien hoy consagramos nuestros piadosos cultos, la gran Santa Mónica, ha sabido llenar perfectamente su misión á fuerza de virtudes sobrehumanas, justo es que la Iglesia y el mundo entero la colmen de honores, y las lenguas todas la ensalcen á porfía: *Dadle á gozar del fruto de sus manos*, dice el Espíritu Santo, *y alábenla en las puertas de la ciudad sus obras*¹. Y no menos justo será que vosotras, las que aspiráis á merecer el

¹ Prov. 31, 31.

dictado de madres católicas, contempléis el día de hoy con callada admiración ese pasmoso modelo, al mismo tiempo que imploráis su poderosa intercesión para alcanzar del Padre de las misericordias la gracia de seguir sus nobles huellas.

Sí, madres católicas, mirad y remirad vuestro modelo: él os revelará todo el secreto de vuestra grandeza moral, que bien puede resumirse en dos palabras: oración y abnegación. Orar y sacrificarse, tales fueron los medios con que Mónica logró restaurar en el hijo extraviado la imagen de Jesucristo, y, convirtiendo á Agustín, santificarse á sí propia. Tal será, pues, el asunto y la división de este discurso. Ayudadme á implorar, etc. *Ave María*.

I.

3. Para alcanzar fines sobrenaturales no bastan, amados oyentes, los medios que sugiere y proporciona la naturaleza; es preciso echar mano de otros instrumentos de carácter sobrenatural. Tal es la oración, llave de oro de las arcas del cielo, arma poderosa para domear enemigos invencibles, medio eficazísimo para alcanzar la salvación. *Pedid y recibiréis. . .* Porque *cuanto pidiereis á mi Padre en nombre mío, os lo dará*¹. Palabra infalible, hermanos míos, que no puede faltar jamás. Hemos visto que el fin y blanco de la maternidad cristiana está muy por encima de lo temporal y caduco, siendo nada menos que la felicidad eterna de los hijos. Luego, para llenar cumplidamente los deberes de madre según Dios, no bastan los cuidados maternos ni cualesquiera otros medios, como no vayan acompañados de oración y recurso al Dador de todo bien

¹ Io. 16, 23. 24. Matth. 7, 7. 8.

y Padre universal. Sin la oración, entendedlo bien, madres católicas, todos vuestros esfuerzos para la salvación de vuestros hijos quedarán frustrados: escollaréis en las mil dificultades que rodean por todas partes la humana condición, si Dios no acude en vuestro auxilio; y no acudirá, por ley ordinaria, si no le llamáis con la oración. *Llamad y os abrirán*¹. Bien penetrada de esta verdad, la ilustre Santa Mónica, y empeñada, como la mejor de las madres, en la salvación de su primogénito Agustín, no deja un solo día, ¿qué digo? un solo instante, de pedir y rogar; pero con tal insistencia, con tal eficacia y perfección, que es y será siempre el modelo más acabado de madres cristianas, y la prueba irrefragable del poder de los ruegos maternales. Á una oración como la suya nada es capaz de resistir. El cielo, aunque de bronce fuera, habría de fundirse al calor de esa plegaria.

4. La oración de nuestra Santa era inspirada por los sentimientos nobilísimos de la fe y la caridad. De ahí que tuviera aquellos maravillosos arranques y aquella vehemencia irresistible. Oraba porque creía, oraba porque amaba. La fe le descubría por una parte la grandeza de Dios y de los bienes eternos, por otra la alteza de los destinos del hombre, la excelsa dignidad del alma redimida con la sangre de un Dios, la belleza celestial de la virtud, la soberana excelencia de la gracia, la enormidad del pecado, la horrible desventura del alma voluntariamente separada de Dios; en fin, todo ese tesoro de verdades sobrenaturales de que sólo acababan de penetrarse las almas verdaderamente poseídas del espíritu de fe, no las que creen ligera y superficialmente. Para una madre cristiana, digna de este nombre,

¹ Matth. 7, 7.

la perdición espiritual de un hijo es mal incomparable, es desgracia espantosa, de que ella no podría nunca consolarse, aunque viera á ese mismo hijo colmado de bienes de fortuna, y rodeado de todo linaje de prosperidades. ¿Comprendéis ahora, madres católicas, por qué oraba la madre de Agustín con hondos gemidos, y por qué vertía ríos de lágrimas amargas? *Raquel*, dice la Escritura, *llorando á sus hijos no admitía consuelo porque ya no existían*¹. Por eso no se consolaba Mónica, porque veía que su hijo, aquel hijo de sus entrañas tan querido, ya no era el niño inocente que ella había formado con tanto primor desde la cuna, ya no vivía en la presencia del Señor, por más que iba creciendo cada día su reputación de talento y de saber en el concepto de sus contemporáneos. Para rogar eficazmente por la conversión de un hijo es preciso saber medir la profundidad del abismo de miseria en que ha caído por la culpa; y para eso es necesario vivir del espíritu de fe, como el justo², juzgar y apreciar las cosas humanas por los principios que ella fija.

De acuerdo con estos principios, se apresuró Mónica á formar desde muy temprano la conciencia de Agustín con tal firmeza, que no pudieron las pasiones ni los errores más monstruosos destruir enteramente la obra de la educación maternal. Por confesión del mismo Agustín³, su madre le ponía sin cesar á la vista las vivas y puras luces del evangelio, mostrábale de continuo el cielo, á fin de infundirle desprecio de todo lo terreno, abriendo desde entonces en el corazón de este grande hombre un abismo tan profundo, que ningún

¹ Matth. 2, 18. Ier. 31, 15.

² Gal. 3, 11.

³ Confess. lib. 1, cap. 11.

bien de la tierra pudiese llenarlo. De estas primeras enseñanzas nació en el futuro obispo de Hipona, aquel precoz desengaño de la vanidad del mundo que tanto estimuló su conversión, y que más tarde le hacía exclamar entre sollozos: «Hicístenos, Señor, para Ti, y por eso no halla sosiego nuestro corazón hasta que descansa en Ti.»¹ Esforzabase al mismo tiempo la piadosa madre por inspirarle vivísimo aborrecimiento del pecado, llegando hasta referirle minuciosamente las ligeras faltas en que ella misma había incurrido en la niñez y el sonrojo que le habían causado al conocerlas. Pero más que todo, y con razón, se ocupaba aquella madre verdaderamente amadora de Cristo, teniendo al niño sobre sus rodillas, en imprimirle en el corazón el conocimiento de Jesús y de aquella infinita caridad que le hizo descender hasta nuestra miseria para asegurarnos la vida con su pasión y muerte². Y tan bien impresa quedó esta divina imagen del Salvador en el espíritu de Agustín, que no sólo no llegó á borrarse jamás, sino que la llevaba siempre viva y radiante, echándola de menos en los libros más sabios de la antigüedad. ¡Oh santas y saludables enseñanzas de la madre cristiana! Y ¡cuánto valéis para la salvación de un hijo, aun cuando el error y las pasiones lleguen á extraviarlo pasajera-mente!

5. Oraba Mónica y derramaba amargas lágrimas en la presencia del Señor al contemplar la recrudescencia de las pasiones en el corazón de Agustín, creyendo asistir como espectadora impotente, al naufragio inevitable de su desventurado hijo. Mas no fué todavía entonces cuando subió de punto su dolor y llegó al colmo el

¹ Confess. lib. 1, cap. 11; lib. 3, cap. 5.

² Bougaud, Hist. de Santa Mónica cap. 2.

fervor de sus plegarias. Esto se reservaba para aquella terrible ocasión en que Agustín, amortiguada completamente la fe de su niñez, y desdeñando la religión de su madre, dió en el abismo de la apostasía, haciéndose inscribir en Cartago entre los sectarios de Manés. ¡Oh increíble ceguedad á que arrastra la pasión! Agustín desprecia la Iglesia católica para arrojarse en brazos de una grosera herejía, de una doctrina tan absurda como inmoral, cual era el maniqueísmo. Entonces fué cuando la consternación más profunda, ya que no la desesperación, se apoderó del corazón de la virtuosa madre: entonces fué cuando, para encontrar la energía que necesitaba para obrar conforme á sus deberes, dejó correr sin freno sus ardientes lágrimas, llamando á Dios en su socorro. ¡Con qué intensidad no rogaría aquella pobre madre que, como dice el mismo Agustín¹, lloraba al hijo muerto, no en el cuerpo, que esto pesara bien poco, sino en el alma, habiendo perdido hasta la fe! ¡la fe, que aquella sabia y prudente mujer estimaba más que la vida temporal, más que todos los tesoros de la tierra! Pues, ¿qué haría, madres católicas, al ver que, á pesar de tantas súplicas y lágrimas, el desaconsejado joven perseveraba en su apostasía por espacio de nueve años, y si al fin abjuraba los errores de los maniqueos, desengañado de su falsedad ridícula, no era para tornar al seno de la fe cristiana, sino para lanzarse en otro abismo, tal vez más hondo y espantoso, el de la duda universal, el del escepticismo religioso? ¡Cómo redoblaría su oración aquella invencible heroína de la fe! Y, si no la sostuviera esta misma virtud en medio de tan duras y dilatadas pruebas, ¿cómo pensáis

¹ Confess. lib. 3, cap. 11.

que habría podido tantos años perseverar en la oración sin cansancio ni desfallecimiento de espíritu? ¡Oh! y ¡qué bien le cuadra á la ilustre Santa Mónica el elogio que hizo Jesucristo de la mujer cananea: *¡Oh mujer admirable! y ¡qué grande es tu fe!*¹

6. Á la verdad, cristianos, sólo una fe tan firme y sólida como la de nuestra Santa, fué capaz de sostenerla en el ejercicio de aquella oración jamás interrumpida, ni siquiera suspendida un solo día. Así lo asegura el hijo que tan bien conocía á su madre: «Oraba sin cesar, *sine intermissione*, conforme al precepto del Apóstol.»² Y así es como se debe orar, madres católicas, sobre todo cuando se trata de arrancarle al cielo la conversión de un hijo. ¿Creéis que vale poco esta gracia para poder conseguirla con corto caudal de oraciones? ¿Acaso no vale toda una eternidad dichosa, todo un Dios? ¿Cómo, pues, pretender obtenerla á poca costa? Si para lograr la felicidad temporal de un hijo idolatrado trabaja un padre día y noche, afana, suda y se desvive, y no sabe qué cosa es fatiga ni cansancio, con tal de legarle cuantiosa fortuna; para asegurar al fruto de sus entrañas la felicidad eterna, el tesoro en cuya comparación son basura todos los demás tesoros, ¿no afanará una madre cristiana que ama al hijo, no sólo con afecto natural de carne sino con amor de caridad? ¿no negociará con Dios orando sin tregua ni desmayo, por más que Dios parezca hacerse sordo á sus gemidos, y retarde indefinidamente la anhelada gracia? ¡Oh madres que os cansáis á los pocos días de rogar por vuestros hijos! aprended de esta heroica madre, que no se cansa de importunar con ruegos y sollozos al Padre de las

¹ Matth. 15, 28.

² Thess. 5, 17.

misericordias por espacio de catorce años enteros. Verdad es que en medio de sus penas exarcebadas por la aparente esterilidad de sus lágrimas, era fortalecida de Dios con señales maravillosas y ciertas respuestas, que Mónica guardaba en el corazón á manera de preciosas arras, las cuales presentaba al mismo Señor incesantemente, instándole á que asegurase el cumplimiento de sus promesas¹. Tal fué, entre otras, aquella visión ó sueño misterioso en que fuéle dicho por un ángel en figura de gallardo mancebo: «¡Oh! ¡no te inquietes por tu hijo! mírale ahí á tu lado y en el mismo sitio en que estás tú.» Y en aquel punto advirtió Mónica que Agustín estaba de pie junto á ella². Entonces la alegría pareció que brillaba á través de las lágrimas; mas no por eso creyó que debía cesar en la oración; al contrario, se acusaba humildemente de no saber orar ni inmolarse bastante por la salvación de su hijo³. Ni la alentaron menos aquellas conocidas palabras que le dirigió un santo obispo, cuando la desolada madre lo apremiaba para que viese á Agustín y lo convenciese de sus errores: «Orad mucho por él, es lo único que podéis hacer: es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas.»⁴

7. Sí, cristianos, era moralmente imposible que no fuesen algún día escuchadas por el Padre de las misericordias aquellas súplicas tan fervientes y santas, tan perseverantes y humildes, y además apoyadas en tantas y tan insignes obras de misericordia. Oíd al mismo Agustín que elocuentemente lo demuestra, diciendo en el libro quinto de sus Confesiones: «Vos, Dios mío, no per-

¹ Conf. lib. 5, cap. 9.

² Ibid. lib. 3, cap. 11.

³ *Bougaud* l. c. cap. 6.

⁴ Conf. lib. 3, cap. 12.